



GRIMANESA LAZARO

**NIÑA
Y
BASURERO**

blatt & rics

Niña y Basurero

Grimanesa Lazaro

blatt & ríos

Índice

Cubierta

Portada

Niña

Basurero

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

Sobre la autora

Créditos

Niña

Todos los años, a partir del quince de diciembre, me sentaba con mi hija Lucero a estudiar. Aprovechábamos las vacaciones para repasar lengua y matemática. No era por sugerencia de ninguna maestra. Yo quería que le fuera mejor en la escuela, no para que brillara, sino para que pasara desapercibida y que nadie hablase de ella.

Después de la entrega de diplomas en el acto de fin de año la dejaba dormir y jugar dos semanas de forma ininterrumpida. Luego, antes de la navidad, abríamos los cuadernos por la tarde. El mejor momento del día era cuando caía el sol. Durante la siesta era imposible, hacía mucho calor. Si comenzaba a llover tampoco podíamos. El ruido del agua sobre el techo de chapa de nuestra casa impedía que pudiéramos escucharnos.

La iniciativa de la escuela en casa comenzó cuando Lucero terminó primer grado y me advirtieron que no había aprendido a escribir. Sólo copiaba algunas palabras del pizarrón. Entonces me pasé todo el verano enseñándole a escribir su nombre.

—Poné Lucero.

A veces se lo pedía hasta tres veces antes de que se dispusiera a cumplir la orden. Ella agarraba la lapicera con la mano derecha, toda torcida. No sé cómo podía escribir en esa posición. Escribía “lcerol”.

—Está mal. Lu, U. Como muuu de la vaca. Y la primera es con mayúscula, si es tu nombre, ¿o sos un perro?

—Sí sé mamá.

No se reía mucho y le costaba concentrarse. Le gustaba quedarse mirando objetos pequeños con la boca abierta

como moscas o gotas de jugo sobre el mantel de plástico. Otra cosa difícil era retenerla. La sentaba alrededor de la mesa en una silla alta con las piernas colgando y no dejaba de moverse. Contorneaba las piernas o bien simulaba andar en bicicleta. Tenía seis años y no podía dejar la cola fija sobre una superficie dura.

Siempre moviéndose, así la recuerdo. Varias veces la había tratado contra los parásitos sin éxito. Nunca me gustó retarla por el movimiento, pero era difícil que pudiera escribir o pintar en el libro de animales de la granja. Mi papá me aconsejó agarrarla con una sábana, así que la ataba al respaldo de la silla con la esperanza de que no se deslizara para abajo. Tampoco podíamos comer o tomar algo mientras estudiábamos. Volcaba los vasos en los cuadernos.

Después de dos horas de repaso me daba pena que no hubiera tomado líquido y la dejaba libre. Salía corriendo como un bicho. Ágil, con la huida planificada desde tiempos inmemoriales. Nadie me diría que ella no era inteligente. Escapaba de mí como un cachorro mamífero en peligro de una carnicería e inclusive del canibalismo que yo pudiera ejercer contra ella.

—Escribí de nuevo. Luuuuuceeeeero. Escribí bien una vez y te vas.

Inmediatamente había puesto “lucreli”.

—Lucero no lleva letra I. Y la primera es con mayúscula. ¿Sos niña o perro?

Yo no sé cómo aprendí a leer. No me acuerdo. Mi papá tampoco sabe. No fue él quien me enseñó. Cree que volví sabiendo de la escuela. En mi casa no había libros y el diario sólo lo dejaban los domingos. Todo lo que consumía eran fotocopias de canciones que regalaban en la iglesia y los cuadernos de la escuela.

Lucero va a la misma escuela que fui yo. Veinte años pasaron demasiado rápido. El edificio y lo que sucede en el aula se modificó un montón. Nosotros copiábamos todo del pizarrón. Me acuerdo de que las señoritas eran alérgicas a la tiza. Mi papá una vez al año se ofrecía y repasaba las pizarras con pintura negra para que no tuvieran que remarcar.

A mí me encantaba salir del aula, ir a tomar agua al patio, pasar por la dirección y elegir los colores de tiza que nadie quería. Verde y amarillo. Volver y copiar con esas tizas en el pizarrón. Tenía la letra grande y copiaba sin errores. Ni idea de dónde aprendí las reglas ortográficas. Después me dolía la muñeca porque si no marcaba fuerte se quejaban de que el amarillo no se leía. Y no quería que me prohibieran usar ese color, así que apretaba hasta causarme una tendinitis.

Ahora hay fotocopias. Mi papá junta las monedas que le piden a Lucero todos los días. Hasta una biblioteca hay. Los chicos pueden elegir un libro y traerlo a casa por un fin de semana.

Me di cuenta de su problema de adicción conmigo desde que nació. En la panza misma quizás. La niña no se movía mucho. No necesitaba comunicarse conmigo, pero sí

tenerme cerca. De bebé no le gustaba estar con nadie más. Ni siquiera los animales le inspiraban confianza.

Esa puede ser una de las causas de que el padre se haya ido a trabajar a otra provincia. Con mi cría nunca dejamos de ser la misma persona. Pegada a mí, así es su historia. Apoyada en el pecho de la madre creció, con y sin teta. No era comida lo que necesitaba para vivir, era a mí.

Comemos juntas, dormimos juntas, vamos juntas a comprar. La llevé cargando a la escuela desde que iba a jardín de infantes y la retiré a upa también. Los primeros años me tuve que sentar todos los días en la puerta del aula porque si no, no quería quedarse. Debía mirarla y sonreír. Transmitirle paz. Era muy callada, no hablaba con otros chicos. Se contorneaba también en el banco del aula y, a diferencia de mí, la maestra sí la retaba.

Cuando servían el mate cocido, no lo quería. Me tocaba darle yogur de frutilla en la boca con una cuchara durante el recreo. Pero no era por fina. De verdad era como si no pudiera comer otra cosa que yogur y algunas frutas hervidas. Las texturas de las galletas le molestan y no las soporta dentro de las fauces. Me dijo “siento como un puñado de hojas de árbol adentro de la boca”.

Al principio en el jardín me ofrecían mates. Yo ayudaba con alguna función maternal, como acompañar a los niños al baño o limpiarles la nariz si estaban resfriados. Pero cuando Lucero pasó a primer grado las señoritas me pidieron que me fuera. Dijeron que no le hacía bien para su desarrollo. Entonces todos los días era siempre la misma secuencia. Hablaban conmigo y yo me iba. Luego mi hija comenzaba a gritar, a patear y a simular que no estaba respirando. Los demás no podían seguir la clase. Una nena era muy sensible y lloraba con ella. No entendía que era en vano, que Lucero la veía y lloraba más fuerte.

Lucero tenía que crecer y no sabíamos cómo ayudarla. Un día decidieron llamar a la directora. Alguien con más experiencia.

—¿Lucero, por qué llorás? —le preguntó la vieja mujer—. Tu mamá tiene que ir a hacer las cosas de la casa, no puede quedarse con vos.

Creo que nadie se había detenido a preguntárselo antes.

—Si mi mamá se va, se puede morir —dijo Lucero, y me conmovió.

Siete años y lo único en lo que pensaba mi hija era en mi muerte precoz, en su abandono, en una situación de duelo. La muerte, lo único para lo cual no tengo explicación. Desde los siete años la veo dilatar ambas pupilas como un felino, agarrar mi pierna con la mano izquierda y el lápiz con la mano derecha. Con la mano torcida ella sólo escribe “mi yamo uclerooL”.

La panza me apareció recién a los ocho meses, como un rayo. Antes había sido una embarazada sin antojos, sin manchas en la cara ni retención de líquido en los tobillos. Tuve al principio poco aumento de peso. Pero a mediados del tercer trimestre, reforzando la idea de que la naturaleza arrasa con fuerza, no me entraban ni los vestidos más holgados. Me levantaba desesperada de noche para tomar agua y comer naranjas y me faltaba el aire cuando lavaba el piso.

En ese momento lo que entonces no me parecía normal en mi cuerpo era paradójicamente naturalizado por todos a mi alrededor. Ellos decían entender mis síntomas. A veces siento que la mayoría de las personas hasta se alegraron cuando por fin empecé a quejarme de las manchas y los edemas. Se sintieron felices de verme la panza cuadrada y de enterarse de que tenía que dormir sentada para poder respirar.

En las tres ecografías que me hice Lucero tenía un crecimiento normal. En la primera descansaba horizontal. Me hizo acordar al dibujito del niño acostado sobre la luna, pescando. Vi la silueta de la cara y las patitas flotando en su colchón de líquido. En la segunda reposaba con la cara hacia mi ombligo. En la última, antes del parto, la escondía entre sus brazos y no se dejaba ver.

En el hospital no pudieron imprimir fotos de ninguna de las tres porque no tenían papel, así que sólo yo la conocí en su feliz estado fetal. Alimentada en vivo por los nutrientes de mi placenta. Dormida a treinta y siete punto cuatro grados, que fue la temperatura de la mayor parte del

verano, respirando un poco de carbón por la quema de caña.

Así se desarrolló Lucero. Escuchando mi corazón arrítmico, siempre supe que una de mis válvulas funcionaba mal por la fiebre reumática que me había dado de chica, y que yo no debía quedar embarazada. Pero ahí estaba. Cargando los tres kilos y medio rosados de carne y huesitos de una niña y los seis kilos de placenta y líquidos.

Rompí bolsa a la madrugada. Me fui inmediatamente al hospital. Mis amigas me advirtieron de esperar unas horas en casa, pero por tener el corazón fallado entendí desde antes de concebirla que había riesgos. Que tenía que nacer por parto porque mi cuerpo no toleraría una cirugía. Para mi marido también estaríamos más seguras en el hospital. Le impresionaba la sangre y tenía miedo de no poder ayudar si mi casa se volvía una sala de parto.

Al comienzo de todo, la niña me revolvía las entrañas, hacia arriba. Empujaba con sus pies la base de mi pelvis e intentaba llegar hasta mi corazón. Si lo encontraba, ¿se agarraría de él?, ¿ese bofe tendría olor a sangre?, ¿latería distinto durante el trabajo de parto?, ¿lo arreglaría esta niña santa?

En el hospital mi médica no estaba ni iba a estar. Había viajado a un congreso, así que la reemplazaba otra médica. La chica me saludó cuando llegué y me puso la mano sobre la panza. Después se hizo cargo una partera que me revisaba cada dos horas mientras me daba algún consejo. Si bien estaba sola en el cuarto, no lo vi como algo cómodo. Tenía miedo en serio, pero no dejaban entrar a nadie. “Recién cuando vaya a nacer vamos a llamar a tu marido”. “Ahora dormí”. “Aprovechá”. Yo quería estar con mi marido, con la vecina o con la quiosquera. Necesitaba que alguien me hablara. Que me trajera de vuelta de mis pensamientos de catástrofe inminente y de muerte segura al norte de Argentina.

A las tres de la mañana del día siguiente la partera gritó que veía una piernita. Yo también la sentí. La pata acarició todo alrededor: las telas esterilizadas, los labios de mi vagina y la superficie de la camilla. La partera comenzó a gritar y vino la misma médica del día anterior. Apareció corriendo y me revisó. No vio la pata. Yo también dejé de sentirla. Introdujo su dedo por la carne viva de mi vagina y le dijo a la partera que era imposible, que tocaba la cabeza del bebé.

La médica me preguntó cuántas horas llevaba ahí. Le dije que dieciséis y puso una cara que no me gustó. Me abrió el goteo del suero y desde entonces todo me dolió mucho más. Estoy segura de que desde ese momento todo dolió más. Parece que apartaron a la partera del sector, porque no regresó. En cambio dejaron pasar a mi marido. Pasamos el resto de las horas en silencio. Deberíamos haber llevado una radio.

Lucero nació a las pocas horas, cuando comienza el día pero todavía no se ve el sol. Dudé en ponerle Alba, Solange, Clara. A la hora de enseñarle a escribir me gustaría haberle puesto Ana. Algo más fácil de aprender y de internalizar.

La bebé gritó y abrió los ojos llenos de grasa. Negros y redondos como los del padre sobre un fondo pálido. Me preguntaron ¿cómo le vas a poner? Dije Lucero. “Lucero, vení con mamá”, pero no me miró. Hasta el día de hoy no responde por su nombre. La llamás y no entiende que te dirigís a ella. No entiende que aunque no le guste la bauticé así, que tiene identidad y se llama Lucero.